

EL LIBRO DE LA SEMANA

Operación encubierta

Le Carré recupera la paranoia antiterrorista y antiislámica en *Una verdad delicada*, una novela cargada de sobrentendidos, muchos diálogos y personajes descritos con precisión

Una verdad delicada

John Le Carré
Traducción de Carlos Milla Soler
Plaza & Janés, Barcelona, 2013
368 páginas, 22,90 euros (electrónico: 10,99)

Por Guillermo Altares

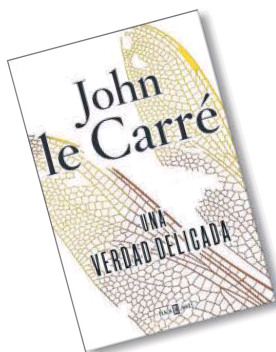
CITANDO A GRAHAM GREENE, su gran referente literario, John Le Carré siempre ha dicho que el mayor patrimonio de un escritor son sus primeros años de vida y que, teniendo en cuenta esta máxima, se considera un hombre muy rico. La razón es la relación con su padre, Ronnie Cornwell, un ladrón y estafador profesional que estuvo durante años entrando y saliendo de la cárcel, viviendo entre la opulencia y la pobreza, siempre en los márgenes de la ley. Su madre huyó cuando tenía cinco años y el futuro escritor se crio en internados. Comenzó a trabajar para el MI5 (el servicio secreto británico interior) en Oxford y luego se pasó al MI6 (el servicio exterior) en 1960 en Alemania, en los momentos más peligrosos de la guerra fría (el muro de Berlín se construyó en 1961).

A sus 81 años, ha escrito 23 novelas y está considerado uno de los grandes narradores contemporáneos con obras de la envergadura de *El espía que surgió del frío*, *El topo*, *Un espía perfecto* (un relato cargado de elementos personales que muchos consideran su mejor novela) o *El jardinero fiel*. Sin embargo, sigue dando vueltas a los mismos temas: toda su obra está marcada por la estela de mentiras que dejaron tanto su progenitor como sus años en el espionaje. Su literatura se basa en una profunda observación crítica de la vida política contemporánea —y alcanza la altura de los clásicos decimonónicos— con un telón de fondo ético. Sus héroes se enfrentan una y otra vez al mismo dilema: cómo pueden permanecer morales en un mundo inmoral. Este asunto aflora con mayor intensidad en su última novela, *Una verdad delicada*, un relato que está a la altura de sus mejores libros, en el que se sumerge en el siniestro mundo de las operaciones encubiertas que han proliferado en los años posteriores a los atentados del 11-S.

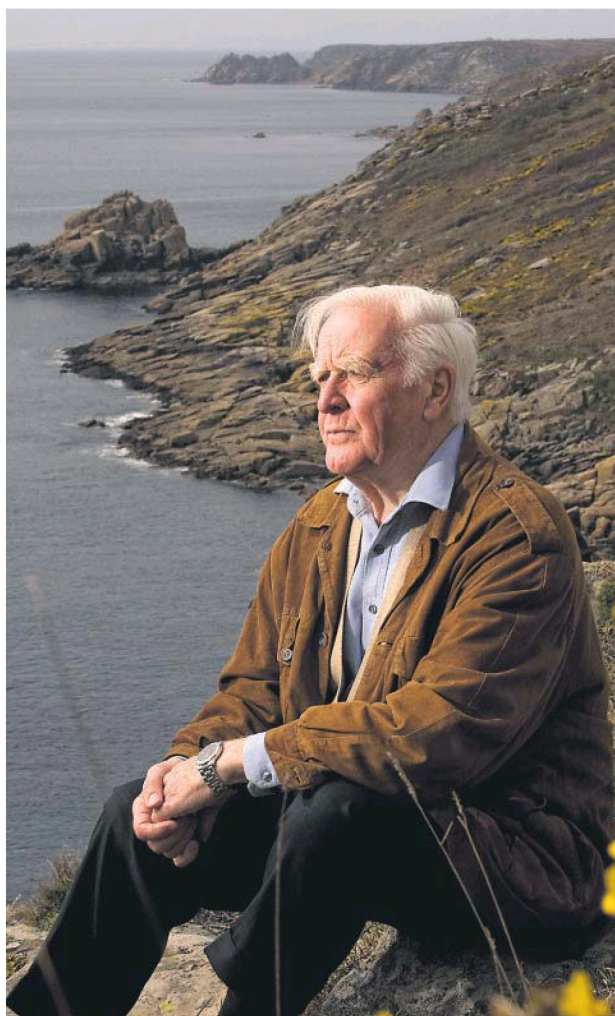
Los personajes de Le Carré se meten en líos considerables, en sus novelas suele haber bastante acción; pero siempre tienen una dimensión moral y una enorme carga simbólica. El oficio del maestro se nota en que nunca se convierten en arquetipos: son seres humanos reales que, sin embargo, describen nuestra época, la era de los

secretos y las mentiras. Estos dos conceptos unen la guerra fría, en la que nació la literatura de Le Carré, con los tiempos de la guerra contra el terrorismo, que empezó con Bush y Blair, pero, como demuestra la reciente operación estadounidense en Trípoli o los constantes ataques con drones, aún no ha terminado. “¿Qué he aprendido en estos 50 años?”, se preguntaba en un artículo este verano en el diario británico *The Guardian*, con motivo del 50º aniversario de la publicación de *El espía que surgió del frío*, la novela que le convirtió en un escritor universal a los 30 años. “Si me veo obligado a pensar en ello, no mucho. Salvo que la moralidad del mundo secreto no es muy diferente de la nuestra”. En otras palabras, la moralidad de los servicios secretos refleja la sociedad en la que crecen y se multiplican lo que, en un momento como este en el que sabemos que espían con impunidad hasta nuestros correos electrónicos, no resulta muy tranquilizador.

Una verdad delicada no es su primera incursión en la paranoia antiterrorista (y antiislámica) posterior a los atentados contra Washington y Nueva York, un tema que



ya trató en *El hombre más buscado*. La imaginación de Le Carré siempre encuentra sus raíces en la realidad cercana. Como todas sus novelas, exige un cierto esfuerzo por parte del lector, porque sus tramas están llenas de sobrentendidos y de momentos de desconcierto. Hay muchos diálogos, muchos personajes introducidos de golpe (y descritos con asombrosa precisión en dos trazos), ocurren muchas cosas y la trama avanza entre giros inesperados (una trama sobre la que conviene contar lo menos posible, salvo que empieza en Gibraltar,



Le Carré defiende que siempre, incluso en los malos tiempos, se puede elegir entre el bien y el mal. Foto: Carles Ribas

con una operación encubierta que tiene muy mala pinta, y que está llena de diplomáticos británicos, descritos con punzante ironía). También, uno de los puntos fuertes de Le Carré es su sentido del humor, como demuestra el siguiente diálogo: “¿Había hecho esto antes?”, dice uno de los protagonistas del libro sobre otro personaje. “Cuando mi querido ex se largó con su nueva novia y la mitad de mi hipoteca, mi padre fue a asediarme su piso”. “¿Y qué hizo después?”. “Se equivocó de piso”.

Hay lectores de Le Carré que siguen

añorando los tiempos del Circus, de Smiley, el mortal juego de ajedrez de la guerra fría. Es una nostalgia injustificada: el talento de Le Carré está en haber sabido narrar con enorme talento su época y haberlo conseguido a través de novelas de espías, como podía haberlo hecho a través de sagas familiares. Pero, sobre todo, está en haber logrado demostrar una y otra vez una máxima moral crucial: que siempre podemos elegir entre el bien o el mal, que incluso en los peores tiempos se pueden tomar las decisiones correctas. ●

Al fondo, un león

Blumenberg

Sibylle Lewitscharoff
Traducción de Claudia Baricco
Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2013
272 páginas, 17 euros

Por Francisco Solano

EN SU ANTERIOR NOVELA, *Apostoloff* (Adriana Hidalgo, 2010), Sibylle Lewitscharoff (Stuttgart, 1954) aremetía con innegable desafío y lucidez contra la identidad. No se trataba de una diatriba permeable a un malestar dominante, sino de una impugnación total que delataba la arbitrariedad de cualquier relación, incluida la que originan los lazos de familia. De modo que el odio se constituía en energía, como un vínculo de corrosión. En comparación, *Blumenberg* tiene un tono más decididamente comedido; el na-

rrador está fuera de la historia, e incluso se desdobra para preguntarse qué sabe de sus personajes e inquirir sobre su “alarde de superioridad”, que no es otra cosa que “pescar aire en el aire”.

Un tono más comedido, sin duda, pero no menos destemplado. Para la escritora alemana de ascendencia búlgara una novela es una indagación en la zona inescrutable de la realidad, allí donde la fábula es siempre insatisfactoria. Ha tomado la figura del filósofo Hans Blumenberg, de quien hay en español una nutrida bibliografía, cuya aportación más singular son sus trabajos sobre la metáfora y el mito (un pensador para escritores, cabría decir), no para configurar un personaje, o diseñar un modelo donde resaltar el afán de culminación o su fracaso, sino fascinada por la obsesión por los leones de Blumenberg al final de su vida. La autora aprovecha aspectos de su filosofía, sin entrar en

la descripción o análisis de ideas; sobre todo se decanta en trazar su ensimismamiento, el trato imaginario (o acaso real) con un león que, inopinadamente, se le aparece en su estudio, sobre la alfombra, a la manera de otros leones insignes, como el león del evangelista o el león de san Jerónimo. Una ilustración de fuerza apaciguada.

La novela parece avanzar así, con este tanteo suavemente kálfiano, en una introspección en la soledad y sus metáforas, y no se desvía de ese desarrollo. El filósofo es un concentrado de enajenación que alcanza a los demás personajes, todos asistentes a las clases que Blumenberg impartía sin dejar participar a los alumnos ni permitir siquiera que se le acercaran. Pero Lewitscharoff no quiere hacer prevalecer una patología del comportamiento, sino acaso la disociación entre el pensamiento y la vida. Y a través de la figura del profesor establece conexiones radiales que desplazan la novela constituyéndose en un mosaico de biografías de dramática trayectoria, unidas por la atracción y la amistad pero ignorándose unos a otros, cada uno aislado en su pasión alucinada. El

filósofo con su león; Isa, la alumna fanáticamente atraída por Blumenberg, Virginia Woolf o el *vibrato kitsch* de *Bella del Señor* de Albert Cohen, con su decisión de saltar desde un puente; Richard, perdido en Manaos, con un ejemplar de *Ser y tiempo* y su esperanza de que “bajo un sol que ardía diferente, el sentido de ese misterioso libro se le revelaría por sí solo”; Gerhard y su afán de agradar, con su carrera de filosofía en la que coinciden la brillante obtención del doctorado y un derrame cerebral; el guapo Hansi, demacrado por el tiempo, y su enloquecida arenga callejera tras la caída del muro...

Aunque sometida a los requerimientos del género, *Blumenberg* es una novela que se desmarca de la proposición novelesca. Arbitraria, pero con el delirio controlado, parece al mismo tiempo declarar su insuficiencia y su prepotencia. Una colisión de la que resulta una mezcla muy acorde con la oposición del filósofo al “absolutismo de la realidad”. Una novela que no distrae con las compensaciones de la ficción; al contrario, nos empuja a averiguar en el consuelo la incapacidad de consolarnos. ●

EL PAÍS BABELIA 19.10.13 7

Printed and distributed by NewsprintDirect
www.newsprintdirect.com US/Can: 1 877 980 4040 Intern: 980 6364 6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW